

El amor que tiene que impactar

Una lectura contemplativa de lo real

Equipo Jeremías, 21 de agosto de 2020

*“Si amas, serás herido, tal vez muerto.
Si no amas, ya estás muerto”.*
(Fray Herbert McCabe)

Si creemos que Dios está vivo y que quiere vivir en comunión con el hombre, no podemos vivir sin buscarlo y sin aprender de Él. Por eso la tarea, nos decía Pepe, para que nuestros seminarios o nuestros presbiterios gocen de buena salud, *está en aprender a descubrirlo y a establecer una alianza con la realidad amando.*

A lo largo de los siglos los cristianos han intentado seguir las huellas de Jesús en la Escritura, en la realidad, en la historia, en la comunidad, en los santos, en los más pobres. Nunca ha sido fácil la búsqueda. Es un “Dios escondido” como dice el profeta Isaías. Sin embargo algunos han podido captar algo, *leer* sus pasos y disfrutar al menos un instante de esa presencia real aunque invisible. A esos instantes los llamamos oración, diálogo, encuentro y tienen un lugar esencial en la Espiritualidad cristiana. La oración verdadera nos permite estar en comunión con Dios y desde la escucha conocerlo más allá de nuestras proyecciones. Sin oración, sin mística no hay cristianismo real. Esos encuentros definen nuestro ser. Nos recuerdan que somos “seres para la comunión”.

Jesús se iba al monte a rezar (impactaron en su vida) y también lo hacía en el templo leyendo *la Ley y los Profetas*. Los maestros de oración desde los primeros tiempos del cristianismo, contemplando a Jesús, enseñaron el camino de la oración verdadera, la de la trascendencia. Invitaban a escuchar a Dios antes que a hablarle ilusoriamente. Por eso disfrutaron pasar horas escrutando las Escrituras. Leyendo a Dios en ellas.

Quisiera compartir las características más importantes de uno de estos caminos, el de la *Lectio Divina* o “*lectura de Dios*”; que desde hace siglos ha posibilitado a tantos, escucharlo para estar en comunión con Él. Me parece que también puede ofrecernos una ayuda concreta para mirar contemplativamente, de modo creyente la realidad y nuestros vínculos. Para dejar de *estar muertos y amar...*

Partiré de una sistematización tradicional, la de Guigo el cartujo, un monje del siglo XI. Este hombre de mirada contemplativa describe el camino de ascenso a Dios a través de una escala de 4 peldaños: oración, meditación, oración y contemplación. Lo escuchamos a él:

Cierto día, durante el trabajo manual, había comenzado yo a reflexionar sobre el ejercicio espiritual del hombre, cuando de pronto se presentó a mi mente la escala de los cuatro grados espirituales: *la lectura, la meditación, la oración y la*

contemplación... Es ésta la escala de los monjes por la cual suben éstos de la tierra al cielo. Es cierto que tiene pocos escalones, pero ella es de tan grande e increíble magnitud, que si un extremo se apoya en la tierra, la parte superior penetra los secretos de los cielos...

La *lectura* es la inspección cuidadosa de las Escrituras, realizada con espíritu atento.

La *meditación* es el trabajo de la mente que, con la ayuda de la razón, investiga la verdad oculta.

La *oración* es el impulso del corazón hacia Dios pidiéndole que aleje los males y conceda los bienes.

La *contemplación* es como una elevación sobre sí misma de la mente que, suspendida en Dios, saborea las alegrías de la eterna dulzura.

La *lectura* busca la dulzura de la vida feliz.

La *meditación* la descubre.

La *oración* la pide.

La *contemplación* la saborea.

La *lectura* pone como un sólido alimento en la boca.

La *meditación* la mastica y desmenuza.

La *oración* percibe el gusto.

La *contemplación* es la dulzura misma que alegra y alimenta.

... Estos grados, de tal modo están conectados entre sí, y de tal modo se ayudan recíprocamente, que de poco o nada sirven los precedentes sin los subsiguientes, y nunca o casi nunca se pueden adquirir los subsiguientes sin los precedentes.

La escala de 4 peldaños, junto con algunas reflexiones de Ruth y de Pepe, nos puede ayudar a leer contemplativamente a Dios en este presente de pandemia y a ver como don a quien que me enoja o hiere en la convivencia del seminario o de una casa parroquial.

Lectura creyente de los vínculos:

“Apaga mis enojos...”
(San Juan de la Cruz)

En plena cuarentena celebramos el segundo Domingo de Pascua, fiesta de la Misericordia y me llamó la atención que Jesús le dice a María Magdalena *“ve a decir a mis hermanos que vayan a Galilea... al monte que les indiqué”* (Mt 28,10). Jesús los llama *hermanos* a los que lo negaron, traicionaron y abandonaron. Jesús habla con profunda ternura, no renunció a ella a pesar de las heridas interiores que le causaron sus discípulos. Pudo *apagar sus enojos...* pudo leerlos en su vulnerabilidad y decirles hermanos.

En la exposición anterior escuchamos que *la dimensión más importante en la formación del seminario es la comunitaria ya que aterriza y encarna las otras*. Escuchando a los seminaristas y a los curas, percibimos cómo la pandemia nos ha probado en la vida comunitaria y nos ha hecho ver la necesidad de trabajar en equipo. Comenzaremos haciendo *lectio* de nuestros hermanos, aplicando esta escala de 4

peldaños a nuestros vínculos cercanos, a “los santos de la puerta de al lado” como dice Francisco. Personalmente me ha ayudado mucho y sé que también a otros.

Propuesta:

Lectura: consiste en leer lo real del hermano desde distintos ángulos. Agregando a mi punto de vista, el de Dios y el de los demás. Preparando así la instancia de diálogo que me permitirá escuchar verdaderamente a mi hermano cuando tenga posibilidad. La “luz de lo distinto”, decía Alicia, fecunda lo propio y ayuda a florecer.

Meditación: la memoria me ayudará a ampliar el horizonte saliendo del presente y a ver la historia completa de nuestro vínculo. Este ejercicio nos permitirá conocer las “zonas de luz del vínculo” de las que hablaba Pepe... Puedo pensar en lo que me enoja y lo enoja, pero también en los gestos de comunión, que el otro, ha podido tener conmigo.

Oración: a Dios le pedimos, le agradecemos y le pedimos perdón. Es necesario hacerlo también con este hermano. ¿Qué le pediría?, ¿Qué le agradecería?, ¿Qué tendría que perdonarme?, ¿Qué le perdonaría?

Contemplación: Ruth nos habla de la espera que nos cambia. En este escalón necesitamos quedarnos, necesitamos permanecer hasta que la espera nos permita captar al otro no como un rival o enemigo, sino como *don*, como *hermano*. ¿Acaso podemos renunciar a la ternura?

Lectura creyente de la realidad:

“Desde que el hombre sufre
Sabe expresar lo que quiere”
(Holderlin)

La humanidad, y el cuerpo eclesial como parte de ella, están sufriendo. Si no expresarnos lo que queremos, *la palabra quedará atrapada y podemos enfermarnos* (cfr el artículo de Alicia). La pandemia nos da la posibilidad de conocernos y de crecer. Una lectura creyente de la realidad puede permitirnos pasar de la *lógica del cuidado a la lógica del amor*.

Jesús vivió esta lógica del amor que nos es mágica ni romántica. En medio de su sufrimiento pudo expresar su deseo: amarnos hasta el extremo y enseñarnos a amar. Vivió la lógica del amor toda su vida y condensó todo en la cruz. Pero pudo subir el Monte Calvario porque primero subió otro monte: el Monte Tabor, el monte donde escuchó lo que nos integra: “*Tu eres mi hijo amado*”... Seguramente en su momento de mayor angustia, en el Monte de los Olivos, pudo hacer memoria de ser *amado* y pudo decir “*pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya*”. Allí, en plena angustia, aceptó la realidad y decidió amar subiendo al monte de la entrega suprema, el Monte Calvario. Jesús testimonia así que *sólo en la certeza de sabernos amados tenemos sanidad interior y posibilidad de dar la vida por amor*. Por eso cuando resucita llama a sus hermanos y los convoca a un cuarto monte, el de Galilea. Allí les comparte a todos su misión, la de amar.

Creo que podremos hacer alianza con la realidad desde una lectura teologal, teniendo en cuenta estos montes tan significativos en la vida de Jesús. Va la propuesta:

Lectura: El Monte de los Olivos hoy.

Ruth nos decía ayer “la ausencia de riesgo no es absoluta para nadie. A veces, ponemos el malestar que nos produce el miedo en otros lugares: en el desprecio a los riesgos, en el enojo y hasta desprecio de las palabras públicas, en la obsesión loca con las medidas de higiene, en el tirar todo por la borda y salir adónde exista el mayor peligro; en la lucha heroica cotidiana; en la actividad frenética. A veces, logramos depositarlo en la oración, como un niño que lleva su llanto al regazo de su madre o de su padre. A veces, lo transformamos en responsabilidad con los que amamos. A veces, se vuelve silencio”.

¿Qué me angustia de la realidad? ¿Cuáles son mis miedos? ¿Dónde pongo el malestar que nos produce? ¿En qué me estoy arriesgando con sentido?

Meditación: Nuestro Monte Tabor: recuerdo de ser amado.

¿Me siento amado? ¿Cómo intentamos superar las amenazas de este tiempo? ¿En qué me está cambiando la espera? ¿Cómo manejo la incertidumbre dentro del riesgo?

Oración: Nuestro Monte Calvario: horizonte del amor.

Pepe nos recordaba que “madurar es aceptar progresivamente lo real y dejar de refugiarme en lo ilusorio”. ¿Qué he tenido que aceptar últimamente? ¿En qué ilusiones me refugio?

¿Qué acción comunitaria, hemos tenido para cuidado de la vida sacerdotal? ¿A quienes he amado?

Contemplación: El Monte de Galilea: la felicidad donde no la buscamos.

Es el Monte de Galilea: Jesús revela finalmente quien podrá encontrar al resucitado: aquellos que se animen a subir el cuarto monte, el de las Bienaventuranzas.

Probablemente el futuro nos encontrará más pobres, quizá en algunos lugares seguirán las persecuciones, quizá en zonas de nuestro país se siga sufriendo la violencia etc. etc... pero una lectura contemplativa de la realidad nos permitirá encontrar al único que nos enseña que se puede ser feliz en medio de esas y tantas situaciones, que **es el amor el que tiene que impactar en la pandemia** y que la salud integral pasa por recuperar la fe y saber esperar.